

Vista de Chihuahua.

IX

EL DESASTRE DE SACRAMENTO

Vamos á dirigir ahora la mirada que ha estremecido tanto — al transmitir al cerebro el panorama de la última batalla — nuestro corazón de mexicanos, hacia un lejano teatro de combate... Vamos á trasladarnos hacia el Norte de las regiones de Chihuahua... Allí hubo también heroísmos infortunados!

¡Oh el valiente y heroico Estado! Hacia mucho tiempo que centenares de tribus salvajes que pululaban entre los bosques abruptos de la Sierra Madre ó por las vastas llanuras que se tienden á la falda de sus montañas, hacia mucho tiempo que llevaban el terror á todas las poblaciones, desde las más humildes rancharías, hasta la misma capital del propio Estado.

Éste, siempre se encontró defendido sólo por sus fuerzas locales, sin que jamás hubiese tenido ayuda alguna eficaz por parte del gobierno federal que tenía que atender á la seguridad del resto de la República, enviando tropas respetables que fuesen á contener los ímpetus feroces de las hordas bárbaras que en to-

rrentes de destrucción estupenda se desbordaban sobre todo lo que significara vida y riqueza.

Chihuahua estaba, pues, en aquella época completamente abandonada á sus propios recursos. Apenas si había grupos de soldados que formaban las llamadas « Milicias *presidiales* », pretendiendo constituir cierta defensa en los desiertos campos, y una escasa y mal organizada tropa de Guardia Nacional, en la ciudad.

Cuando en ella se supo la explosión de la guerra entre nuestra república y la norteamericana, estalló el patriotismo de los buenos y bravos chihuahuenses. No importaba que se vieran sin apoyo alguno y sin la más débil comunicación con el centro del país, y más en épocas en que los caminos, á través de comarcas desiertas, son intransitables; no importaba tampoco á los fronterizos su absoluta carencia de armas y conocimientos militares, que orgullosamente despreciaban con lamentable altivez. No les importó entonces porque creyeron suficiente preparación para la victoria su patriotismo, su valor y la confianza en el triunfo!...

Más se exaltaron cuando supieron que el ejército americano enviaba una de sus divisiones contra el Estado de Chihuahua.

Así fué. En el plan de campaña ideado por la Secretaría de Guerra de los Estados Unidos, hubo la disposición de que además del cuerpo de Ejército del Bravo con que el general Taylor maniobró, se dispusieran otros dos: uno llamado del Oeste y otro denominado del Centro.

Éste se formó en Texas, integrándose en gran parte con voluntarios y miles de aventureros y aun hábiles comerciantes que levantaron sendas compañías de rifles que debían proteger largos convoyes de carros

cargados con efectos, de cuya venta pensaron obtener (como lo obtuvieron) pingües ganancias.

El general Trias, que se hallaba al frente del Gobierno del Estado de Chihuahua, intentó hacer un esfuerzo potente, ayudado por los hijos de aquellas regiones, para resistir y aun arrollar á los invasores.

Sin artillería, sin armamento, sin gente disciplinada, y sobre todo, sin recursos en aquella crisis en que se unía al nuevo peligro el de la guerra con los bárbaros, como enumera puntualmente un periodista de la época, faltaban todos los elementos indispensables para la lucha. Sin embargo, hubieron de efectuarse verdaderos milagros. El patriotismo fronterizo produjo increíbles agrupaciones de mexicanos, dispuestos á morir por la patria, confiados ingenuamente en los destinos gloriosos de las causas nobles!...

Á medida que el norteamericano avanzaba sobre el Bravo, y aun después de tenerse las tristes noticias de nuestras derrotas de *Palo Alto*, *la Resaca*, *Monterrey* y *la Angostura*, se fueron activando las ejecuciones de diversos planes para la campaña. Se reglamentó un préstamo entre todos los habitantes del Estado; se estableció fundición de cañones, se recogieron cuantos restos de armas inútiles se encontraron, se proveyó de vestuario y equipo á la Guardia Nacional y á otras fuerzas que pudieron reunirse, montándose con cierto relativo lujo algunas de ellas. Hiciéronse ejercicios, aunque mal dirigidos, como es fácil de comprenderlo, dada la falta de jefes veteranos que pudieran instruir tropas bisoñas é impresionables, en tan corto tiempo.

Una sección de 500 hombres de caballería é infantería, se destacó hacia el Norte, en vista del rápido avance del enemigo sobre el río Bravo, incorporándose

á aquella fuerza en Paso del Norte varios piquetes de compañías *presidiales*, más algunos grupos de valientes y patriotas hijos del Chihuahua, que no vacilaron un instante en alistarse en las primeras filas que en aquel rumbo iban á recibir el choque del Invasor.

Los mismos vecinos, aun los más humildes, vibrantes de ardiente patriotismo, ayudaron á las fuerzas que iban á combatir por la Patria, suministrándoles toda clase de recursos, aliviando grandemente sus penalidades.

Apuntamos estos detalles en el esbozo de esta triste campaña porque dan al militar mexicano, lo mismo que al joven hijo del pueblo, una nota que no debe olvidarse jamás : ¡Allá en la Frontera, allá en los límites septentrionales de la extensión patria, lejos del país, vibraron entusiasmos heroicos y hubo anhelos bélicos por la pelea libertadora ; pero en el mismo centro del territorio, donde latían focos de inteligencia y saber, hubo apatías vergonzosas, envidias, odiosas rivalidades y fratricidios colectivos... ¡Y eso cuando más unidad se necesitaba en toda la Nación, cuando el Centro que podía hacer luz y dirección no integraba un verdadero ejército, animando, ilustrando y conduciendo á los hijos de las regiones fronterizas, todo entusiasmos y energías!

El 21 de Diciembre, partió una sección mexicana hacia el río Bravo, donde el enemigo con una fuerza de 700 hombres sin artillería, había acampado, aprovechando la margen sinuosa de apacible remanso, defendiendo su campamento con sus carros de bagajes, en forma de reducto.

Es el 24 de Diciembre, y la sección destacada va á atacar la posición americana; el jefe de los nuestros,

Ponce, hace formar en línea desplegada su tropa con la infantería en el centro, los dragones en los flancos, y á retaguardía un obús.

¡La victoria iba á ser nuestra; la sección mexicana llena de entusiasmo avanza decidida al ataque del improvisado reducto que acaba de formar el enemigo con sus mismos trenes.

Pero avisado por sus exploradores y centinelas, forma en cuadro presentando al frente tres filas, cuyos rifles apuntan á nuestra línea asaltante, esperando abatirla á quemarropa, en tanto que aquélla rompe el fuego avanzando terreno y dispersándose en tiradores por entre los cuales hace sus descargas el obús... ¡He aquí cómo completa el trazo de tal cuadro un historiador testigo :

El ala izquierda avanza también en formación de batalla conducida por el mismo Ponce, y el flanco derecho se adelanta por hileras. El enemigo hace su fuego primero por secciones en descargas cerradas y en seguida graneado; pero bien pronto la primera fila de su frente se desordena y huye hacia el bosque donde los oficiales se esfuerzan por volverla á hacer entrar en acción. Ponce, frenético, manda entonces tocar á *degüello* y aquel toque ; circunstancia inaudita! es la señal de la retirada... ¿Hubo maldad ó equivoco en el trompeta que hizo vibrar aquel toque?...

¡Quién sabe! El caso se resolvió en una derrota completa para las armas nacionales.

Una parte de las secciones fronterizas se retiraron en buen orden, protegiendo la otra la retirada, no sin que el enemigo se apoderase del obús.

Esta pequeña victoria hizo dueños á los invasores de la Villa de Paso del Norte, donde se enarboló su

pabellón norteamericano el 26 de Diciembre de 1846.

No obstante, los chihuahuenses no se desanimaron, deseando más que nunca ir á detener ó á arrollar al enemigo.

Sus tropas, al mando del coronel Doniphan, se aprestaban desde el Paso á emprender una marcha decisiva sobre Chihuahua y los principales puntos poblados que le circundaban entonces.

El jefe americano principió sus operaciones el 8 de febrero de 1847, con tal confianza que sólo con una pequeña descubierta de dragones é infantes ligeros apoyó su columna de 1000 hombres, con una escolta de voluntarios que protegían trescientos dieciséis carros conduciendo provisiones para el Ejército, y mercancías que, como hemos dicho, iban vendiendo aventureros comerciantes.

Habiendo conocido los jefes mexicanos el rumbo exacto hacia donde dirigía sus fuerzas el Invasor, se resolvió resistirle en el punto llamado el Sacramento, á siete leguas de Chihuahua.

El general Heredia, en combinación con el general Triás y con García Conde, hizo levantar algunas fortificaciones en aquel paraje que sobre el camino de Chihuahua á Nuevo México, debía presentar terrible barrera al avance arrollador y ya temible de las fuerzas norteamericanas.

Acampó el 27 de Febrero la división chihuahuense compuesta de 2000 hombres, todos bisoños, apenas malamente iniciados en algo que no era sino una sombra pálida de instrucción y disciplina militar.

Era una división corta en verdad, dice un testigo de los tristes sucesos que vamos narrando, pero perfectamente armada, provista de toda clase de víveres para

una campaña de algunos meses por el desierto, pagado hasta el último soldado, y con fondos en caja para lo sucesivo, vestida toda la tropa de una manera cómoda y decente, y surtida de abundante parque y toda clase de municiones de guerra. Los buenos chihuahuenses veían con orgullo aquel resultado de sus trabajos, y reconocían en cada pieza de artillería, en cada fusil, en cada objeto del equipo, el fruto de sus afanes personales. Nada existía tres meses antes : todo era creado por ellos; todo era nuevo; todo lucía flamante. Y se llenaban de satisfacción al notar el entusiasmo virgen de aquellas tropas, cuya fe, cuyo abandono en el porvenir, se manifestaba en la alegría de sus semblantes, en el júbilo que reinaba en sus reuniones, y en la ciega adhesión que mostraban á los superiores. No era el solo prestigio del mando el que tenían los jefes y oficiales; era su popularidad, su franqueza y ese influjo de familia, por decirlo así, que ejercen los personajes queridos en pequeñas sociedades aisladas.

Una serie de reductos unía los dos extremos de nuestro frente, limitado á Este y Poniente por dos pequeñas serranías, abarcando una extensión de poco menos de dos leguas, destacándose de la cordillera occidental algunos cerros, cerca de cuya base se levantaba entonces el rancho del Sacramento. Eminentemente colinas terminan la opuesta serie de lomas más al Norte, aproximándose al camino de Chihuahua.

Á partir de ambos flancos, en un ángulo que determinaba en nuestra línea un martillo ofensivo, ligáronse pequeñas obras de fortificación pasajera, con amplios claros practicables para la caballería, la cual por orden

del general Heredia fué á situarse en observación del enemigo, destacándose de ella diversas secciones á vanguardia.

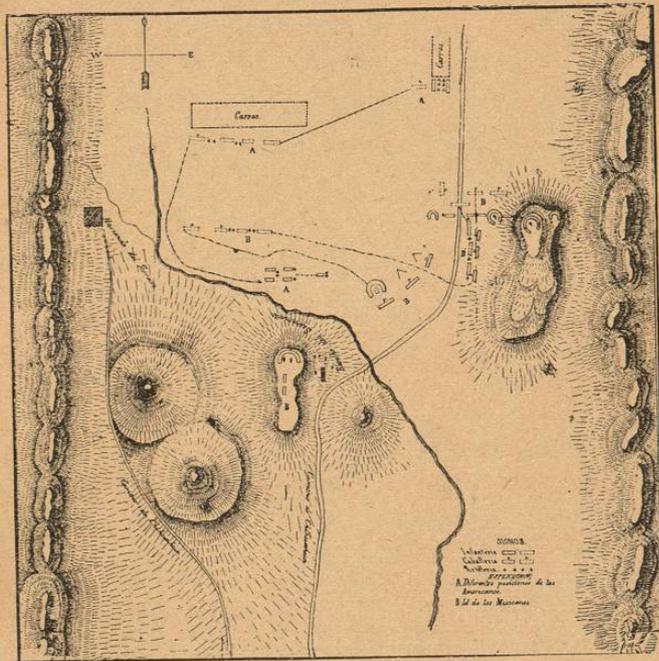
En la tarde del día 28, se presentó éste en actitud decisiva para embestir nuestra línea de batalla. Su frente lo integraba la caballería, el centro la infantería y artillería, y la retaguardia sus trenes, (más de 300 carros) custodiados por dragones á sus flancos y espaldas.

Bajo el escalón de donde principia á elevarse en suave pendiente una loma que domina la carretera, organizaron los jinetes fronterizos en tres columnas, en tanto que la infantería, formada también en tres secciones, hallábase sobre la línea de reductos.

En cuanto el enemigo se vió á tiro de cañón de nuestras posiciones, hizo alto, principiando rápidas maniobras para dar el ataque. En este momento el general Heredia ordenó que su caballería fuese á situarse sobre el camino, á retaguardia de la infantería, creyendo ingenuamente que los americanos atacarían de frente sobre la parte central de nuestras trincheras, es decir, hacia el punto más fuerte de la línea de batalla, — error infantil, pues en la guerra se pega siempre sobre el punto más débil.

Las columnas asaltantes se dirigieron velozmente oblicuando á su derecha, rumbo á la hacienda de Torreón, con el intento de flanquearnos. Heredia dispuso que nuestra caballería fuera á impedir semejante maniobra, marchando paralelamente al contrario. La infantería mexicana salió de sus defensas, pasando á situarse á la derecha de la caballería, frente al enemigo que ya había formado en batalla, cubriendo éste sus baterías con una cortina de dragones, que pare-

cían esperar el choque de los nuestros, quienes avanzaron á todo galope, en medio del más frenético entusiasmo, lanzando gritos de anticipado triunfo, á lo alto los sables, en ristre las lanzas de los unos, amar-



Croquis de la batalla de Sacramento.
Formado por el Sr. general D. Pedro G. Conde.

tilladas las pistolas de los otros; ¡ todos dispuestos al formidable asalto!...

Y sucedió que al encontrarse los jinetes fronterizos á un cuarto de tiro de cañón del enemigo, éste descubrió, hábil y rápidamente, sus baterías, arrojando una

tempestad de fuego y plomo sobre nuestra masa de tumultuosos *charros*. Integrados éstos por gente de llanuras y montañas, gente que no había escuchado nunca un disparo de artillería, al oír aquel estruendo que no esperaban, y ver de súbito la sangre y la muerte en sus filas, prodújose un pánico terrible, y la columna vaciló. Sin embargo, gracias á los esfuerzos de bravos oficiales, se logró llevar adelante la embestida; pero las enemigas líneas redoblaron sus descargas, y los escuadrones chihuahuenses, no ejercitados en las maniobras necesarias, no pudiendo rehacerse, perdieron su formación y al fin se dispersaron en desorden, yendo á caer sobre al infantería, á la que atropellaron, comunicando el pánico. En vano nuestra artillería rompió también sus fuegos; ¡era imposible reanimar la moral perdida!

El general Heredia hizo abrigar entonces á la infantería tras los parapetos, á cuya retaguardia se situaron los dragones que al fin se pudieron reunir.

El americano, animado por un triunfo que nunca hubiera juzgado tan fácil, empezó á moverse en espesas columnas que llevaban á su frente tiradores á caballo, y cañones ligeros, entre ellos, rumbo hacia nuestros reductos, en tanto que de éstos se retiraban los cañones en virtud de una orden mal entendida que diera el general Heredia, consistente en trasladar dos piezas del más grueso calibre á la cima del cerro del Sacramento, cuyos fuegos debían cruzarse con los del otro reducto en el valle, sobre el enemigo. No se comprendió tal orden, en medio de la confusión que reinaba en toda nuestra línea: así fué que se desguarneció de pronto y cuando más se necesitaba de artillería, la línea de atrincheramientos, y fué en este preciso ins-

tante cuando las columnas americanas cargaron sobre las obras de la derecha, la que falta de cañones, y viéndose abrumada por superior número de tropas, tuvo que ceder, no obstante los desesperados esfuerzos de los oficiales y jefes que trataron de contener la ya inevitable confusión en esta segunda fase de tan triste choque.

¡Lamentable golpe fué aquél, dado terriblemente contra el delirio de entusiasmo y excesivo ofuscamiento de nuestro orgullo nacional, que en plena efervescencia, y momentos antes palpitando con la seguridad del triunfo, hubo de sentirse derrotado ante un enemigo cuyo empuje y potencia en todos sentidos desconocía nuestro ejército!

Aquellos que el día anterior celebraron con pompa su victoria futura, en animada fiesta, creyéndose invencibles, soñando aún con lanzarse, después de arrollar fácilmente á sus adversarios, hasta los inmensos campos de Nuévo México, viéronse en un momento víctimas del más completo desastre!

Las baterías americanas llegan hasta nuestros flancos desde donde enfilan á las tropas fugitivas, siendo inútil todo el heroísmo de algunos oficiales, que resisten, rodeados de pequeños cuadros de valientes, al victorioso impulso del adversario. Allá, dentro del principal reducto, quedan unos cuantos chihuahuenses que sostienen el honor de sus banderas con un brio digno de ellas; y allí se deciden á morir heroicamente! ¡Muerte digna de briosos fronterizos!...

Por acometerles, el coronel norteamericano, Oinz, muere al frente de sus dragones, que se detienen y retroceden, haciendo contener el avance de las piezas

ligeras de artillería que venían tras ellos. Entonces los artilleros americanos intentan abrirse paso á metralla; pero antes, los nuestros, á la vista de aquel pequeño éxito, saltando de los parapetos, toman la ofensiva y cargan sobre la columna asaltante, cuya derrota iba á consumarse, pues casi toda se había retirado ante aquel supremo esfuerzo. Pero el valor admirable de un solo artillero norteamericano la salva: él ha permanecido sereno tras de su pieza, oculto, para que con toda confianza los dragones mexicanos se acercaran en masa á la conquista del cañón que debía suponerse abandonado; mas al llegar á distancia de unos cuantos pasos escupe sobre nuestra caballería un huracanazo de metralla. Y, entonces los nuestros, consternados, vuelven grupas, en tanto que el enemigo se rehace y vuelve á cargar de nuevo, impunemente.

¡De nada sirvieron las piezas de artillería de grueso calibre, que con tantas fatigas se izaron hasta la cima del cerro de Sacramento, porque desde allí no pudieron jugar con éxito, ni tampoco fueron fructuosas las tentativas de los generales García Conde y Heredia para rehacer por tercera vez la caballería, mientras también fracasaban los esfuerzos del general Trias para reunir los desbandados infantes!...

La derrota se consumó, amarga, funestísima y desoladora, abandonándose las fortificaciones de que tan ufanos estaban nuestros jefes, dejando en el campo muertos, heridos, prisioneros, diez cañones y multitud de carros con abundantes víveres, bagajes y dinero.

Heredia se trasladó á Rosales donde quedó establecida la capital del Estado de Chihuahua, en tanto que Trias y García Conde emprendían la retirada por el camino de aquélla.

El 1º de Marzo el coronel Doniphan entró en la ciudad de Chihuahua, horas antes engalanada para recibir á sus triunfadores, y entonces tristísima y desierta, penosamente abrumada bajo el peso de tan funesta catástrofe, llorando la muerte de sus más jóvenes, gallardos y queridos hijos....

..
*
**

¡Heroica y bella Chihuahua!... Gloria única es para ti en aquellos amargos días el haber resistido, como lo hiciste, — sola y alta, siempre altiva, — armándote espontáneamente á un vibrante grito de patriotismo, sin recibir, ni esperar ayuda.... Cediendo tus riquezas y la sangre de tu valiente juventud indómita, educada ante el espectáculo soberbio de tus enormes sierras.... ¡Gloria á tus bravos que vencidos fueron admirables en su entusiasmo viril!...

